

ORACION GRATULATORIA

PRONUNCIADA POR EL CANÓNIGO DOCTOR JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA, EN LA CAPILLA DEL COLEGIO DEL ROSARIO PARA FESTEJAR LAS BODAS SACERDOTALES DEL DOCTOR JENARO JIMENEZ

Ilustrísimo señor Rector,
Respetable Claustro:

El día de hoy estamos asistiendo a la conmemoración religiosa de aquella fecha, separada de nosotros por el largo espacio de 25 años, en que el señor doctor don Jenaro Jiménez, vicerrector de este Colegio, recibió de Dios el carácter sagrado que lo constituyó sacerdote para la eternidad. Fecha insigne que vio esa pasmosa transformación de un hombre en ministro de Jesucristo y dispensador de sus misterios, que señaló el comienzo de una vida nueva, toda de colaboración en los designios de Dios acerca de la salud sobrenatural de sus criaturas, que abrió ante una de ellas el camino inacabable señalado por el Redentor a sus discípulos cuando les dijo: «Id y enseñad,» que colocó en unas manos mortales las dádivas infinitas que sacó de su corazón el Unigénito de Dios, que esforzó una voz humana hasta darle imperio sobre el cuerpo saciatísimo que un día se albergó en el seno inmaculado de la Virgen Madre y ahora se recata debajo de los velos eucarísticos, que abrió en fin unos ojos para que viesen más allá de la falaz apariencia de este mundo y por encima de sus solicitudes inciertas, la realidad serena que acá sobre la tierra se denomina santidad y abnegación y en la otra vida es deleitosísima contemplación de Dios, visión bienaventurada de paz, sosiego de gloria en los tabernáculos eternos.

Festejar un día como éste, es para un sacerdote celebrar y exaltar las mercedes divinas con las propias

palabras de la Madre de Dios: «Mi alma engrandece al Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador porque ha hecho en mí cosas grandes.» Grandes en verdad, porque en el momento de la ordenación sacerdotal habitan en el alma la magnificencia de Dios y la magnificencia del hombre: la de Dios, porque otorga y para siempre, sus poderes redentores; la del hombre, porque ha procurado disponerse a recibir esta avenida de gracias con toda la pureza y a costa de todos los sacrificios de que es capaz. Entrambos linajes de magnificencia están allí muy en su punto porque, al decir de santo Tomás conviene ser magnífico, espléndido y sumamente largo y dadivoso allí donde se trata de algo que sólo se hace una vez y que perdura para siempre, y vosotros sabéis que nada hay que saque ventaja a la ordenación sacerdotal ni en lo perpetuo ni en lo irrevocable.

Festejar un día como éste es ponerse uno a mirar no sin sorpresa, cómo llegó a adelantarse tanto en este viaje de la vida y descubrir que no hay un sólo paso que no muestre a par de la huella humana el vestigio de una Providencia y de un Amor y de una Misericordia que jamás se apartaron de nosotros, atrayéndonos a veces con interiores y sobrenaturales halagos y guiándonos otras con rigor compasivo.

Y en la ocasión presente, la conmemoración que aquí nos reúne, es un decoroso brote de gentileza, un homenaje de gratitud sincera, un testimonio fehaciente de obra buena y meritoria que el Rector, superiores y alumnos de este Claustro ofrecen al señor doctor Jiménez, para que conste el justo aprecio que le granjearon sus cualidades personales, la veneración que es debida a sus virtudes y el reconocimiento que se merece por su labor constante, oculta y ya tan dilatada en beneficio de este Instituto secular. Es justo, señores, que

siquiera una vez en la vida se pague a los que han sido fieles en el desempeño de su oficio, aquel tributo de alabanza que recomiendan las divinas Escrituras y que no es fomento de pobres vanidades sino estímulo honorable y porción bendita de la centuplicada recompensa que aun para esta vida prometió Nuestro Señor a los que por amor a El lo abandonaron todo.

Pero aquí estoy viendo, señor Rector y respetable Claustro, a muchos de mis hermanos y superiores en el sacerdocio. Dadme permiso para ensanchar el homenaje que habéis preparado al señor doctor Jiménez y juntar a esta demostración la muy sincera que le hacemos todos cuantos hemos probado el consuelo de su amistad, la edificación de su ejemplo y la lealtad a toda prueba de su corazón.

Y yo no diré más tocante a su persona, porque quien consintió en emplear los mejores años de su vida y la mejor parte de sus fuerzas en llevar adelante un ministerio tan oculto como arduo, tan desprovisto de lustre y refulgencia externos como cargado de responsabilidades, tan ajeno a la pompa como decisivo en el orden y concierto de este claustro, quien hizo con su vida un sacrificio silencioso y talvez desconocido a la educación cristiana de la juventud, no toleraría que yo pusiese lengua en sus méritos para publicarlos con ruidoso encarecimiento, ni que invadiese el retiro y soledad cuasi monásticos que formó para sí en veinte años de abnegación laboriosísima.

Lo que sí me es lícito y lo que voy a hacer es inculcaros, como Dios me ayudé, el respeto y la veneración que reclama la dignidad sacerdotal con que fue ungido hoy hace cinco lustros el señor doctor Jiménez, vicerrector de este Colegio.

No os sorprenderá que declare merecedor del más rendido y piadoso acatamiento el sacerdocio, si recor-

dáis que constituye una de las prerrogativas y uno de los oficios propios y exclusivos de Jesucristo. Exclusivos he dicho para que sepáis de una vez que este sacerdocio que ejercen los hombres llamados por Dios y consagrados por ministerio de la Iglesia, no es sino una derivación y comunicación del sacerdocio soberano de Jesucristo.

Es El, en realidad, el Pontífice Supremo, el Mediador único entre Dios y los hombres, el que por virtud de su doble naturaleza divina y humana pudo reconciliar la criatura con el Criador y hacer las paces entre el cielo y la tierra. Para este oficio fue consagrado por el Espíritu de Dios y fue así como lo adoró David saludándole proféticamente: «Dios, es Dios mismo el que te ha ungido con óleo de alegría.» Sólo que ya no se trata del aceite litúrgico y material que se esparció por la cabellera de Aarón y consagró de allí en adelante el sacerdocio de la ley mosaica, sino de aquella otra uncción de la naturaleza humana realizada por el Hijo de Dios cuando se dignó encarnar en ella. A esa humanidad santa del Redentor se le comunicó entonces la plenitud del poder sacerdotal, poder que bendice y consagra lo que toca, poder que se interpone entre el pecador y la justicia eterna, poder que implora e intercede hasta desarmar los enojos divinos, poder que alza a los cielos la contrición amarga de los hombres y les trae de allí la gracia del perdón. Algo más se encierra en el sacerdocio de Jesucristo, porque—dice San Pablo—todo Pontífice tiene que «ofrecer dones y sacrificios por los pecados nuestros»; y dónde está, oh hermanos, la víctima que Jesucristo inmola ante Dios como ofrenda de su sacerdocio, la que a nuestro turno inmolaremos nosotros en representación de Jesucristo?

Ella no consiste en bienes o cosas terrenas: ¡son tan miserables! y aun cuando alguien llegase a juntar

en presencia de Dios todas las riquezas de este mundo, ¿qué habría logrado sino juntar el polvo con el polvo? Por eso el Apóstol nos advierte que no fuimos rescatados con oro y plata corruptibles «*Scientes quod non corruptibilibus auro vel argento redempti estis.*» Y en cuanto a los sacrificios antiguos, ¿fueron más que un raudal de sangre que desde los altares corría sin cesar para sumirse en la tierra, mas no para levantarse a las alturas como prenda de reconciliación? Otro, muy otro había de ser el sacrificio de Jesucristo. Héle ahí disponiéndose a entrar en el santuario, llevando la ofrenda de su propia sangre—*per proprium sanguinem introivit in sancta*— y hablando con su Padre: «oh Padre, ya no aceptas ni las víctimas, ni las oblações, ni los holocaustos, ni los sacrificios propiciatorios que enantes se ofrecían con los ritos legales, pero me has dado este Cuerpo y yo he dicho: “Héme aquí.”» Y Jesucristo subió a su templo que es el Calvario, ocupó su altar que es la cruz y dio una ofrenda infinita que es su sangre. Sangre libre porque El es dueño de dar y de tomar su propia vida según le plazca, sangre inocente porque era preciso que nuestro Pontífice fuera santo, inocente, inmaculado y excelso, sangre victoriosa porque aplacando a Dios triunfó de su justicia, despojando al demonio lo dejó vencido y salvando al mundo lo avasalló para siempre.

Si tal es la víctima y tal el sacrificio de Jesucristo, creo yo que no os será dificultoso imaginar cuáles serán los efectos divinos de la oblación sacrosanta que hizo el Redentor una vez y continúa repitiéndose en los altares de la cristiandad por ministerio del sacerdocio terreno.

Aquel Pontífice supremo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, que se mostró a los ojos maravillados de San Juan en medio de la asamblea misteriosa de los santos, ceñido por candidísimo ropaje y circundado de arcana

majestad como conviene al que lleva sobre sí el título de Rey de los reyes y de Dominador de los dominadores, Aquél a quien eternamente se le canta gloria, honor y bendición, Aquél que es nuestro único Salvador y Redentor, peroró nuestra causa ante Dios y fue escuchado por la grandeza extremada de su homenaje. Una sola oblación, la de su sangre, proveyó con creces a la salud de los que había santificado. Porque nada es más precioso que la sangre del hombre, y nada es más fecundo, y así, a nadie se le oculta cuán poderoso y cuán eficaz y cuán elocuente y definitivo es el testimonio de la sangre cuando se vierte generosamente en homenaje a la verdad y a la santidad de una causa. Pues, oh, hermanos, si esta sangre humana es así de valiosa y fecunda, ¿qué diréis de la sangre de Jesucristo Dios y hombre? Si la entereza y rigor de nuestro espíritu se quebrantan y desmenuzan en presencia de las lágrimas humanas, es imposible que la severidad y justicia de Dios no se desarmen ante las lágrimas y el clamor potente que acompañan la oblación cruenta de Jesucristo Hijo de Dios. Cotejad con ella todos los crímenes de los pecadores, traed a su lado y poned a su vera la multiforme infidelidad de las criaturas, y veréis cómo sobra infinito rescate para redimirlas, y veréis juntamente que cuantas veces se levanta a los cielos el cáliz del Nuevo Testamento donde el Pontífice eterno Cristo Jesús, depositó su sangre, Dios se nos muestra propicio, pone en olvido nuestras deudas, se apresta a perdonar nuestras abominaciones, cancela otra vez el decreto de muerte que nos amenaza, y en lugar de la justicia y del castigo, ante la miseria y la desgracia del pecado que nos abrumba con su inmensa pesadumbre, no subsisten sino el amor que nos perdona y la sangre de Jesucristo que nos salva.

¡Pudiera yo, oh hermanos, descubrir ante vosotros la inexhausta fecundidad del sacerdocio de Jesucristo

y haceros entender, con el Apóstol la longura y la amplitud, la alteza y profundidad de este misterio de fe y de caridad! Desde los brazos de la Cruz y desde la cima del Calvario y desde todo altar, baja la sangre del Señor como irrefectible manantial de bendiciones para nuestro linaje, y no hay paraje ni hombre que no se aprovechen del sacrificio regenerador. Vestigios suyos aparecen ya en el principio de los tiempos cuando anidó por primera vez el remordimiento en los pechos mortales, y permanecerán huellas espléndidas de ese mismo sacrificio cuando sobre las ruinas futuras de este mundo la voz del justo Juez separe a los buenos de los malos, pero entre estos dos términos extremos de los destinos humanos, vive y reina el Sacerdote Máximo que consagra y reparte el cáliz de su sangre. Mirad cómo la esparce sobre la Iglesia militante, donde cada gota suscita confesores y vírgenes, héroes y mártires; mirad cómo fertiliza las mieses del Padre de familia y cómo prospera el Reino de Dios sobre la tierra, mirad cómo sale del mundo por caminos misteriosos para sumirse en el abismo del fuego purgatorio y llevar paz y descanso a los dolores en que los justos concluyen su expiación.... *Terra, pontus, astra, mundus, quo lavantur flumine...* y por remate de tan largos beneficios, mirad a la diestra del Padre al Pontífice Inmortal intercediendo por nosotros: allí su corazón de sacerdote—*Amor sacerdos*—habla sin cesar, allí su sangre es acogida con infinita reverencia, allí sus llagas demandan y obtienen el perdón, hasta el fin de los siglos porque el sacerdocio de Cristo no tiene fin, así como su doctrina jamás caduca y como su realeza jamás se menoscaba; Jesucristo es Maestro y es Rey y es Sacerdote para la eternidad: *Sacerdos in aeternum*.

Vosotros, oh hermanos, no ignoráis que el cristiano no puede contentarse con la profesión de su fe, sino

que debe proporcionar las obras a la creencia y hacer resplandecer en ellas la doctrina que tiene recibida de la Iglesia.—Por eso, esta solemnidad que es manifestación de gratitud y reconocimiento a un sacerdote, homenaje público a su ministerio, y ocasión de enaltecerlo, debe ayudarnos a renovar el afecto y la veneración que los cristianos de verdad tributaron siempre al Ministro de Jesucristo; a eso estáis singularmente obligados vosotros los que, en calidad de alumnos de este claustro, habéis recibido mayores y más continuos beneficios del sacerdote a quien estamos festejando.

Y el, por su parte ¿cómo no habrá de regocijarse al recibir en este día un tributo de honor y de reconocimiento avalorado por tres títulos nobilísimos, quiero decir: porque nació en el ánimo de esta juventud tan sincera y hervorosa en sus afectos como generosa en sus demostraciones, porque lleva en sí el justísimo e inapreciable testimonio de los superiores de este claustro, jueces competentes para estimar la obra llevada al cabo por su colaborador, y porque ese tributo—perdonadme una reminiscencia escolástica—recibió su forma sustancial en el corazón del Rector y merced a ella quedó especificado por la ternura de un padre y de un amigo incomparables.

Alargue Dios la vida de su siervo que hoy le ha ofrecido junto con la hostia sacrosanta del sacerdocio cristiano, los merecimientos, los trabajos y los dolores inevitables en veinticinco años de ministerio; alárguela el Señor Omnipotente para que muchas veces más pueda subir a los altares donde cumplidamente se le adora y se le dan gracias, se le suplica y se le satisface; alárguela en fin, para que, en el sacrificio cotidiano que ofrezca a la Majestad Infinita y en unión con el Pontífice Eterno Jesucristo, alcance de Dios los favores y auxilios con que se santifica la vida y se conquista la bienaventuranza.

19 septiembre 1923.